

Yo,
la que
camina



MUJER, MIGRACIÓN Y DESPLAZAMIENTO FORZADO EN HONDURAS

ANTOLOGÍA DE CREACIÓN
LITERARIA

Selección y edición de
María Eugenia Ramos



Yo,
la que
camina



MUJER, MIGRACIÓN Y DESPLAZAMIENTO FORZADO EN HONDURAS

ANTOLOGÍA DE CREACIÓN
LITERARIA

Selección y edición de
María Eugenia Ramos



© Grupo de Sociedad Civil - Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados.

Proyecto “Mujeres que caminan: Otras miradas, Otras propuestas”

Tegucigalpa, 2023



Directora ejecutiva: Jessica Sánchez

Selección y edición: María Eugenia Ramos

Coordinador de proyectos: Víctor Morales

Asistente técnica y monitoreo: Sandra Isabel Ruiz

Diseño e ilustración: Karen Medina

Índice

Presentación	9
Crónica	15
Cinthya Maldonado	16
Sara Rico-Godoy	23
Cuento	35
Francia Henríquez Benson	36
Ambar Nicté	43
Poesía	49
Nidia Briceño	50
Lourdes Soto	53
Teresa Leyva	56
Carolina Torres	60
Teatro	65
Laura Yanes	66

Presentación

Las escritoras que conforman este libro, son en su mayoría nacidas en la década de los noventa y ochenta en Honduras. Nacidas en plena guerra fría, vivieron el desplazamiento de madres o parientes cercanos, para ellas, desplazarse o migrar después, debido a condiciones socio-económicas y/o políticas incluyendo el Golpe de Estado de 2009. No todas, después de desplazarse salen a un trabajo o un espacio conocido, otras se desplazan para estudiar, reconocerse o intentar hacer una vida diferente. Todas, eso sí, supieron de la gran ola de personas migrantes y desplazadas en el año 2018 y saben, como herederas de distintas crisis sociales, que la mayoría de las personas que actualmente se desplazan y migran, son mujeres.

Es en este contexto que el Grupo Sociedad Civil (GSC) Desde la Mesa de Mujeres migrantes y desplazadas (MMMD) convocan a una antología que pueda abordar desde diversas de literatura y arte escrito, la situación particular de estas mujeres, a través de sus propias voces. Es así, que el presente documento se encuentra integrado por crónicas, cuento, poesía y finalmente teatro.

Iniciamos por la crónica de **Cintha Maldonado**, quien nos cuenta el proceso de separación de sus hijos y su partida hacia Barcelona, así como la consciencia de haber recorrido un camino, que otras mujeres ya han iniciado, destacando que “Si ellas han podido, yo también podré” en el texto: “**Despedidas**”. Le siguen dos crónicas de **Sara Rico Godoy**, la primera donde una madre es separada brutalmente de su hija, en la ruta de desplazamiento y el otro, de su propia experiencia como migrante, donde se reconoce extranjera aun en su propio país de origen: “*Pensaba que Tegucigalpa era mi hogar, pero ahora que vuelvo no la reconozco, no me encuentro y soy solo una visitante más. La cosa es que tampoco soy de acá, y me cuestiono si es que quizás no soy de ningún lugar*”. **La ciudad de los caballos**.

Toque de queda, es el relato que abre la parte de cuento, narrándonos la situación que se vivió durante la pandemia del COVID19 y el incremento de la violencia contra las mujeres

durante ese período, recordando también un caso muy actual, el de la enfermera Keyla Martínez, asesinada en una posta policial de la ciudad de Intibucá, sin que hasta la fecha, se haya enjuiciado a los culpables. **Francia Henríquez** nos desafía con la frase de la joven, que una vez, desplazada, tiene que regresar de nuevo a la ciudad de origen : “En la esquina, a menos de ocho minutos de la casa, los mareros cercaron al taxi, sacaron al taxista y le dispararon en la frente, y yo soy la muerta 278 del año 2020 ¿A dónde van las mujeres a las que matan?.

En este mismo género, **Ambar Nicté** nos cuenta lo que hay en la “**Ruta de los fantasmas**” en las voces de aquellas que escapan de la violencia y sin embargo, encuentran la desesperanza y el incremento de las posibilidades de muerte. A veces, nos relata el cuento, no solo es una muerte física, sino, del alma, en un país permanentemente hambriento: “Volvió a su casa y se fue a dormir. Volvió a su país lleno de muerte a dormir. Un país que se moría desde que era pequeña. Volvió a su cama, se arropó, trató de dormir. Pero el hambre volvió. Y con ella los fantasmas.”

La poesía no podía faltar en esta muestra, iniciando por **Nidia Briceño**, con los poemas: **Por tu mente y Si Caminaras con ellos**, haciendo una analogía al cuerpo, a los pies y lo que significa ese recorrido, caminar para poder dejarlo todo atrás:

*“Si caminaras con mis pies,
Si caminaras con ellos,
Sabrías que mi camino
No ha sido fácil.
Tener deseo de dejarlo todo”*

A este poema se le suman los de **Lourdes Soto: Migrar y Destierro**. El primero dedicado a su hijo como fuerza vital que le ata a un puerto, a un pedazo de tierra y de nacionalidad, aún con las dificultades y el último que nos habla de ese exilio que muchas conocemos, aquel que te obliga a reconocerte y comenzar de nuevo:

*“Me transformo,
no conozco mi reflejo
pero sí mi voz.
Ahora sé
albergar primaveras
en las entrañas.
Hacerle el amor al sol.
Ahora sé
lo que significa ser sirena
y cantarle al destierro”.*

Teresa Leyva dedica su poema **“Salir adelante”** a Margaret Sofia, fallecida a los cinco años mientras intentaba cruzar a nado el Río Bravo, en el año 2002. Desde la voz de la propia niña escuchamos el espacio que habita y recorre, sola, con sus recuerdos, en la humedad del río.

*“Porque por eso nos fuimos de casa,
en la que dejé escondidos mis tesoros
y mis cuadernos.
Y los olvidé al irme
para salir adelante,
delante de la fila en el refugio,
delante de la fila en el camino,
delante de los otros caminantes.
Mi muñeca no responde.
Solo cierra los ojitos y se ríe.
Yo también me río
y la abrazo”*

Otra de las voces poéticas poderosas que encontramos, es la de **Carolina Torres**, con los poemas **“Lluvia”** donde los cuerpos y las cosas son continuamente golpeadas por los acontecimientos climáticos y sociales, arrastrados hacia un alúd donde se diluyen:

*“Los cuerpos caen a mi boca y gritan:
¡Honduras es un territorio desangrado!”*

En Crónicas de Comala, la ciudad de Tegucigalpa, asemeja a la Comala de Pedro Páramo y nos hace recordar en forma poética otros cuentos y crónicas aquí incluidas, que aluden a la dupla muerte-vida, como forma de co-existencia. Comala, la ciudad de los fantasmas habitan con los vivos en espejos ondeantes

*“..Pudimos prestar más atención
notar que Comala nos habitaría
a todas, todos y todes
Porque podemos huir de la muerte
en un camino incierto
pero ésta nos alcanza
Puede ser que Comala nos habite
y caminar no nos aleje de ella.”*

Finalmente, **Laura Yañez**, cierra esta antología con la obra: **“Zapatitos Nuevos”** nos relata la vida juguetona y a la vez agotadora de la niñez en un cafetal de un entorno rural cualquiera, donde entre las risas se contempla el trabajo infantil, de sol a sol, en el tiempo de corte de café. En medio se pierden los zapatos de uno de los protagonistas, que no puede volver a casa y sin ellos, tendrá un duro castigo materno, por lo que la opción de desplazarse de estos niños/as no será una opción, si más bien una obligación para no llevar las manos vacías. El desenlace abierto, le deja a la persona lectora, la decisión de saber si habrá una continuación de la historia o es el final:

“Juan: A la víbora, víbora de la mar, de la mar, dólares quiero ganar, pa’ comprarme una trocota y ayudar a mi mamá. (Se va.)”

Con esta muestra de artistas talentosas, podemos confirmar que las hondureñas/os, no solo leen sobre el desplazamiento forzado, también lo escriben porque lo viven como consecuencia o trayecto a diario y a través del tiempo.

Agradecemos la excelente labor de selección textos, atribuible a la editora y escritora María Eugenia Ramos, así como al equipo técnico que desarrolló diversas partes del proceso. A la Mesa de Mujer Migrante y Desplazada (MMMD) gracias por sus esfuerzos y por ayudarnos a contar parte de sus historias. Ojalá les hayamos hecho justicia.

Jessica Mariela Sánchez

GSC



Crónica

Cinthya Maldonado

Nació en la ciudad de La Ceiba, Honduras, en 1986. Creció en el municipio de Sonaguera, Colón.

Desde el año 2006 reside en L'Hospitalet de Llobregat, Barcelona España. Estudió la carrera de grado superior en Comercio Internacional en IFP, del Grupo Planeta, en Barcelona España. Actualmente estudia la carrera de Lengua y Literatura Españolas, en la Universidad Nacional a Distancia de España (UNED), sede de Barcelona. Además coordina la asociación, "Casa Honduras Barcelona" de la cual también es fundadora.

Entre sus publicaciones destacan: *Mujeres migradas*, relatos, y *La iridiscencia del colibrí*, poemas.

Despedida

Casi llega el día en que sale mi vuelo hacia Barcelona, España. Debo acostarme temprano porque estamos más o menos a una distancia de tres horas del aeropuerto de San Pedro Sula, Honduras. Mañana será un día complicado y tendré que levantarme prontito. Cualquiera otro u otra en mi lugar estaría feliz por conocer nuevos mundos, nuevas maneras de vivir, y yo de cierta manera lo estoy, pero lo estaría más si no estuviera todo el rato pensando en mis principitos: Walter, de siete años, y Juan, de ocho meses. Walter cumple el 25 de junio ocho años. Es la primera vez que no pasaremos juntos su cumpleaños, pero tengo que ser fuerte porque sé que de momento es lo mejor. He adquirido algunos compromisos y tengo que cumplir.

Cuando decidí pedirle a mi hermana que me ayudara a marchar fue porque me di cuenta de que aquí no hago nada. Sin trabajo, y dependiendo de cierta manera de mi madre, de mi hermana y de mi ex, no seré nunca independiente. En estos momentos y después de las malas experiencias, restricciones, prohibiciones y humillaciones vividas con el padre de mis hijos, no quiero ser más esa mujer. Quiero y necesito ser una mujer nueva, decidida a forjar un mejor futuro para mis hijos, quiero que ellos vean en mí a una mujer luchadora, pero sobre todo triunfadora, dueña de cada uno de sus actos, libre y feliz, aunque con dolor en mi alma y en mi corazón tenga que dejar a mis hijos al cuidado de mi madre. Siento que el corazón se me hace pedacitos, me explota, se me sale del pecho, me va a mil...

Maldigo la hora en que le pedí a mi hermana que me ayudara con todos los trámites, papeleo y dinero para probar suerte. También maldigo el día en que tuve que tomar la decisión de dejar mi hogar. El engaño del padre de mis hijos no pudo ser más cruel y más inoportuno: estando yo de cinco meses de embarazo de mi hijo Juan, me puso entre la espada y la pared para que lo dejara libre y poder quedarse con su amante en la que era mi casa. Su amante, una jovencita inocente de dieciocho años, que más allá de todo no deja de darme pena porque no sabe los días de soledad y de encierro que le esperan. Pero eso ya no es cosa mía, no quiero ni recordar ni entrar en los detalles tan bajos que viví, que no son nada agradables.

No quiero ni imaginarme mañana la despedida en el aeropuerto. Si pudiera retroceder el tiempo, si pudiera no tener que marcharme forzada por la situación y dejar a mis hijos... Sé que no los podré abrazar hasta dentro de unos años. Aprovecho el instante y me acerco hasta el cochecito de mi bebé y lo tomo en mis brazos, lo arrulló con ternura, le doy mil besos y lo vuelvo a dejar que eche su siesta tranquilamente. ¡Es tan pequeñito!

Atravieso la sala de estar de la casa de mi madre y me encuentro la puerta que da al patio, allí veo a mi hombrecito mayor jugando con sus primas. Lo observo por un rato con los ojos a punto de inundarse de lágrimas, pero me contengo porque no voy a permitir que mi hijo me vea llorar. Hoy tengo que controlar mis emociones para no descolocarlo, ya que a pesar de su corta edad sé que se da cuenta de que el tiempo separados será largo. De pronto se gira y corre hacia

mí. Abro mis brazos y nos damos un abrazo de oso, un abrazo de mucho rato y muy fuerte; mientras tanto, pienso que es tan frágil y a la vez tan fuerte...

Respiro hondo y comienzo con él una conversación con una serie de recomendaciones: «Haga caso siempre a su abuela, ayúdele en todo lo que esté a su alcance en la casa, cuide de su hermanito, estudie mucho. Yo lucharé para que pronto estemos juntos y para comprarle muchas cositas, su *tablet* por ejemplo, a mi niño». Le doy un enorme beso y vuelvo a mi habitación para seguir preparando la maleta. Mientras meto una y otra cosa, no puedo evitar pensar que también en ella estoy dejando caer todas mis ilusiones, esperanzas, pero además la llenó de tristeza profunda. Sigo pensando en mi viaje y me viene la idea de que sería horrible si algo saliese mal en el viaje, sería la ruina de cierto modo para mi familia.

Decido dejar de pensar en ello, pero me invaden pensamientos negativos que al final consigo dejar. Llevo todo en regla y, además, como dice una tía mía, Dios sabe la necesidad de cada uno, Dios sabe mi necesidad. Efectivamente, que sea lo que él quiera. Siento que la cabeza me estalla. Voy a la cocina a por un vaso con agua, allí está mi madre haciendo tortillas de harina y frijoles refritos con queso fresco y huevos revueltos, una típica cena catracha, casi un lujo en los tiempos que corren. La noto con gesto serio, pero aun así hace el esfuerzo de sonreír y yo también, le digo: «¿Tiene alguna pastilla para el dolor de cabeza?». Señala la gaveta donde están los ibuprofenos. La abro, cojo uno y me lo pongo en la boca. A continuación, el vaso con agua

que me tomo de golpe, a tucún. Mi madre pregunta: «¿Estás bien?» Contestó asintiendo con la cabeza, y también con ella comienzo mi lista de encargos: le recuerdo los horarios de biberones del peque y que ha de cuidar de que el niño mayor cumpla con las tareas del cole. Con tono tranquilo responde: «No se preocupe, mi niña, cuidaré a sus hijos como si fueran míos. Quizá yo no sea la mejor cuidadora, ya que a ti y a tu hermana las cuidó la mayor parte del tiempo tu abuela por motivos laborales míos, pero era eso o nada, y ahora con mis nietos, pues sabré hacerlo. Estarán bien, tú vete tranquila, te irá bien para que despejes tu mente». Nos damos un abrazo y vuelvo a mi estancia de descanso, hoy convertida en estancia de preparación de maleta.

No quiero imaginarme lejos de mis hijos, no quiero pensar que mañana estaré en un avión volando rumbo al viejo continente, ese continente que un día nos despojó a la fuerza de todas las riquezas que poseía la bella Honduras, como la llamó Colón cuando la descubrió. Pero como dice mi hermana, toda recompensa requiere de un sacrificio. Si quieres ser libre has de empezar por tu libertad económica, y aunque a veces creo que no entiende del todo mi dolor, tiene razón. Los niños estarán bien con mi madre. Sé que a mi madre le asusta un poco la idea del compromiso que requiere cuidar de dos niños tan pequeños, sobre todo Juan, pero seguro que estarán bien, amor no les faltará. De pronto, oigo un ruidito. Es el peque, que ya se está despertando. Me llevo la mano al pecho para dárselo, pero de pronto recuerdo que hace un tiempo se lo fui quitando paulatinamente y acostumbándolo al biberón porque sabía que este día iba a llegar.

De nuevo mis ojos se quieren llenar de lágrimas y se ponen aguados, pero no voy a llorar. Tengo que ser fuerte. Estos años pasarán pronto y podré volver y llevarlos conmigo y entonces, sólo entonces, volveré a sentirme completa, libre, en otras condiciones y feliz, pienso mientras preparo el espumoso biberón de leche Nan. Imagino ese día mientras mi dulce bebé comienza a degustar su biberón, quizá el último que le preparo yo, su madre. Ese día el abrazo que les dé será un abrazo casi eterno y asfixiante, pero repleto de amor y felicidad. Por fin ese día la añoranza pasa a segundo plano para mí mientras mi niño disfruta su biberón. «Dios, primero tengo que establecerme de manera satisfactoria en España y poder ir enviándoles con regularidad el dinerito para que no les falte nunca de nada», pienso. También me viene a la cabeza la parte más amable de mi viaje: veré a mi hermana después de casi diez años. Cuando ella se marchó, con veinte años, yo tenía catorce. Era una niña y ahora ha habido tantos cambios en nuestras vidas... Sí que los ha habido. También conoceré a mi sobrinita, que tiene dos añitos. Me la comeré a besos y abrazos; además, conoceré a mi cuñado y nuevas personas, así que ese es el lado bueno de las cosas.

«¡A por esas metas!», me digo. Y recuerdo lo que mi madre me contó cuando hace algunos años estuvo visitando a mi hermana: que Barcelona es una ciudad muy bonita, moderna, liberal, multicultural y alegre. Y que además se come muy rico. Me ha mencionado las lentejas con chorizo, la tortilla de patata, el pan con tomate, el famoso jamón ibérico y así una lista gastronómica de lo más tentadora. Dice que seguramente me gustará y

me acostumbraré a ella como lo hizo mi hermana. No puedo parar de pensar que, si no tuviera que dejar a mis niños, todo sería tan diferente, más llevadero; pero, como dice mi hermana, trabajando los años pasan de prisa, y tendré que trabajar y ahorrar para tener conmigo a mis dos hombrecitos. Con las tecnologías que hay ahora estaremos en constante contacto, lo que de cierta manera mitigará la distancia. Aunque mi ser estará en Barcelona, mi corazón y mi mente estarán siempre aquí, en Honduras, con mis dos amores. Pienso en la cantidad de mujeres que a diario tienen que marchar, forzadas por la falta de oportunidades en nuestro país y dejar a sus hijos. Y digo en voz alta y segura: «Si ellas han podido, yo también podré».

Tener que separarse de nuestros hijos es lo más duro y difícil que nos puede pasar como mujeres, no le deseo esta sensación de vacío a ninguna. Le retiro el biberón a mi Juan, que ya ha acabado; le sonrió y él a mí, totalmente ajeno a todos los cambios que están por llegar. En eso entra mi hijo mayor, mi Walter, a mi cuarto, y aprovechamos a jugar por la última vez los tres juntos. Quiero disfrutar de ellos hasta el último instante, me llenan y los lleno de besos, olvidándonos por completo que a partir de mañana nada volverá a ser igual.

Sara Rico-Godoy

Sara Rico-Godoy nació en Tegucigalpa, Honduras, en 1990. Es licenciada en Letras por la Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán, máster en Español por la Universidad del Sur de Illinois en Estados Unidos, y doctora en Estudios Hispánicos de la Universidad de Tennessee, en Knoxville. Actualmente se desempeña como profesora del Departamento de Lenguas, Cultura, Antropología y Sociología en la Universidad del Este de Kentucky, y reside en la ciudad de Lexington.

Algunas de sus publicaciones destacadas son: «Sueño americano» (cuento), en la antología *Todos somos inmigrantes*, de la editorial mexicana Benma, y «Mindful eating» (cuento), en la antología *En la punta de la lengua II*, de la editorial digital Petalurgia. También ha publicado algunos cuentos y artículos académicos en revistas digitales. Se pueden encontrar más de sus escritos en su blog: salarico.wordpress.com

Mari

«Mi mamá y yo vinimos cruzando el río, ella me cargó en sus brazos todo el trayecto. Yo solo tenía tres años», dijo Mari, alejando la vista de su computadora donde tenía abierto el documento del ensayo final para la clase de English.

Conversaba con los estudiantes para escuchar sus historias: la mayoría llegaron a los Estados Unidos bastante pequeños, como Mari; otros nacieron aquí. Algunos nunca han regresado al país de sus papás, otros van cada invierno o verano. La diferencia entre ambos grupos es evidente. Muchos de los que nunca han conocido aquel terruño olvidado sienten poca conexión con las raíces oprimidas. Para ellos el *home* es este país, el de “los sueños”. Los otros, los que pueden regresar, muchas veces visten con ropas artesanales confeccionadas por manos latinoamericanas, llevan huaraches y al graduarse decoran su birrete con frases como “Sí se pudo” o “Latina educada”.

Mari no nació aquí, pero vino tan pequeña que la única realidad que ha conocido es el país de Mickey Mouse, su español es *broken* y su poco conocimiento de la gastronomía hondureña la delatan; entonces, no es lo suficientemente “latina” para algunos, o al menos eso siente ella.

«No sé bien cómo fue que pasó, pero sí sé que ella cruzó a este lado por el río. Dicen que el hecho de yo me salvara fue un milagro».

Geraldina decidió cruzar al otro lado una mañana del 5 de febrero de 2005. Su tata, fumándose el último Belmont de la cajetilla, le dijo que era la mejor decisión que podía tomar por el bien de su hija. «Aquí a vos nadie te va a dar trabajo así parida y con la güirra. Si tu mamá estuviera viva se la podrías dejar, pero aquí ¿quién te la va a cuidar? Yo y tu abuela ya nos vamos a morir y al papá de la cipota se lo tragó la tierra», decía el tata, sentado en la sillita de peltre en el diminuto patio de la casita en Comayagua, viendo a las gallinas mientras él jalaba y echaba el humo. «Pero dicen que es peligroso, tata, dicen que una siendo mujer... es peor». «No va a ser peor si llevás a la cipota... a Mari. Las mujeres con niños siempre lo logran», espetó el tata, viendo a su nieta a los ojos.

Geraldina consiguió reunir los tres mil dólares que le cobraría el coyote; vendió su ropa, lavó ajeno, limpió casas, y su tata le dio sus últimos ahorros de mil dólares. «Andate a tener una mejor vida, Dinita, aquí no queda nada para ustedes. Asegurate de que la niña llegue bien, que tenga las oportunidades que nosotros no tuvimos».

Y ella así lo hizo.

He estado entrevistando estudiantes desde hace dos semanas buscando historias; estoy trabajando en un artículo académico sobre jóvenes inmigrantes y sus historias familiares. Muchos dicen que esto funcionaría mejor como

una novela, y estoy de acuerdo, salvo por el hecho de que en este país a la academia no le importa cuántos cuentos o novelas uno escriba, quieren publicaciones científicas, quieren un nombre, quieren prestigio. Yo siempre soñé con ser escritora, pero nunca dije de qué tipo; y aunque tengo borradores de novelas y cuentos abandonados en algún lugar de mi Google drive, no me sirven para nada.

La historia de Mari me atrapó desde el momento en que vi que está rodeada por ese componente único, el milagro. Que una niña tan pequeña y su madre hayan sobrevivido a algo así es una realidad que no se da muy a menudo. Decidí que Mari sería el eje central del artículo; a partir de allí sustentaría mi investigación añadiendo un poco de testimonio.

—Mari, ¿te molesta si contacto a tu mamá? Me encantaría escuchar su historia de supervivencia.

—No, no me molesta. Aunque, suerte preguntándole sobre eso, no le gusta hablar del tema y si yo sé lo que pasó es porque algunas tías me lo contaron —respondió en su lengua dominante, el inglés.

Contacté a la mamá de Mari un par de ocasiones, sin ningún resultado. Mensajes de texto, llamadas y correos electrónicos fueron en vano. Caí en cuenta en que la experiencia y el trauma de una persona que ha migrado con su hija de esa manera no es algo placentero de recordar, pues el trauma siempre está ahí, rondando, como la muerte.

El grupo de inmigrantes logró llegar al río Bravo en la madrugada del 6 de abril. Geraldina, débil y marchita, sonreía al pensar que la pesadilla pronto acabaría. De dieciséis personas que habían comenzado el trayecto, ya solamente quedaban seis. Unos no habían logrado subir a los trenes, otros tuvieron que quedarse atrás por pleitos con los carteles, y otros murieron. Ella, intocable hasta el momento, pensó en cuanta razón tenía su tata al decir que la bebé sería su amuleto. Al pensar en que quizás ya no lo volvería a ver, una lágrima cayó por sus pómulos pálidos y pronunciados, desembocando en labios fragmentados y deshidratados.

—Cuando yo les diga, van a cruzar. De tres en tres, así es más fácil —indicó Eddy, el coyote, que ya había tenido experiencia cruzando a varios grupos de inmigrantes—. Dicen que la corriente está alta, así que pilas, pué, si no saben nadar, se jodieron.

Geraldina se preocupó al ver el tamaño del río. Tenía la idea de que se trataría de uno pequeño y fácil de cruzar, pero lo que estaba frente a sus ojos en la oscuridad de la madrugada parecía el mar, imponente y negro.

—Agarrate de mi mano, así fuerte —le dijo Sandra, la joven que la había acompañado todo el camino y que se había convertido en su amiga.

— ¿Vos...vos sabés nadar bien, Sandra? Porque yo...yo... tengo miedo — preguntó, llorando y temblando por el frío del alba.

— Sí sé. No te preocupés. Tranquila, todo va a estar bien.

En esta parte del trayecto generalmente el coyote se va, pero al ver que en el segundo grupo se encontraba Geraldina con su hija de tres años, Eddy decidió ayudarles a cruzar. El primer grupo ya iba avanzando; eran tres hombres entre las edades de 15 y 38 años. Dos eran padre e hijo y el otro había salido solo. Cuando el primer grupo ya iba a mitad de camino, Eddy le dijo a Sandra que le diera la mano. Sandra obedeció, y tomando la mano de Geraldina, comenzó a caminar. En un inicio el río solamente les llegaba hasta la cintura; sin embargo, la corriente comenzó a subir a medida que avanzaban. Geraldina, al ser de estatura más baja, comenzó a luchar.

—No puedo... avanzar así... ¡la niña...la niña! —gritó, mientras soltaba la mano de Sandra y alzaba a su hija en brazos para sacarla del agua.

—Mujer, ¡no! —gritó, al ver que su amiga se quedaba atrás y poco a poco se hundía.

Eddy volteó a ver lo que pasaba, pero, jalando a Sandra y sin decirle nada, le hizo un gesto de negación con la cabeza y siguió caminando.

Sandra agarró a la niña rápidamente e intentó tomar la mano de la madre, la que cada vez se alejaba más en la oscuridad del agua, que solo estaba iluminada por pequeños destellos de la luz de la luna.

Geraldina, luchando por mantenerse a flote, pensó escuchar la voz de su tata, que le decía: «Asegúrate de que la niña llegue bien», y sintió paz. Entonces, bajó los brazos y dejó de luchar.

—¡GERALDINA!

Doña Sandra, la mamá de Mari, nunca quiso contestar mis mensajes ni llamadas. Mari me lo había advertido, pero yo igual decidí intentar. Iba a ser difícil colocarla como el centro de mi artículo sin tener un testimonio completo de ella o su mamá, así que decidí que iba a continuar entrevistando a más estudiantes. La idea de convertir el proyecto en una novela continuaba rondando mi cabeza; sin embargo, no era una novela lo que yo necesitaba, eran artículos académicos. En menos de un año me postularía para el tan anhelado *tenure*, es decir, una plaza permanente como catedrática de esta universidad, así que estaba con el reloj en desventaja. No era lo que yo realmente quería, mi sueño era otro, pero ¿acaso ese otro sueño era práctico? Claro que no, no me ayudaría a quedarme legalmente en este país y volver a mi país de origen tampoco era una opción. Y es que al llegar aquí los sueños se esfuman, lo que queda, al final, es la supervivencia.

La ciudad de los caballos

Llegué a esta ciudad hace cuatro meses. Me recibió con un clima envidiable y paisajes totalmente verdes. En varias esquinas hay caballos de cerámica; en algunas casas hay caballos de verdad. Cuando pienso en el contraste entre esta y la ciudad de la que soy, quiero llorar, y no, no porque crea que Lexington sea mejor, sino porque, aun con toda la belleza que posee, no es mi ciudad golpeada y montañosa, la que llora desangrada por los múltiples baches y donde ahora, según me han contado, el tráfico se convierte en aquel cuento de Cortázar, «La autopista del Sur». A veces aquí es así, una ciudad mediana con tráfico de ciudad grande. La distribución de las calles es incomprensible y cuando manejo a veces pienso que estoy cayendo en un espiral hasta dar en el semáforo entre el bulevar Man O'War y la Richmond Road, el que solamente dura tres segundos. Es como si al cruzar ese semáforo entrase en otra dimensión, donde carros de gente rica coinciden con los de la clase media y solamente hay eso, no se ven taxis, motos, buses, rapiditos ni ningún medio de transporte público. Tampoco se ve un caminante, y me pregunto si es que esta ciudad no está hecha para las personas sin acceso a un carro; pero claro, reflexiono todo esto desde mi carro, un Honda HR-V del 2019 que voy a estar pagando durante años. Es la esclavitud del siglo XIX, un engaño de vida burguesa que existe para ayudarnos a flotar en medio de la sociedad consumista de este país donde siempre seré una extranjera.

El vecindario donde vivo es una alegre mezcla entre personas con capacidades especiales, familias, ancianos que viven solos, negros e hispanos. No es un barrio de ricos

y, sin embargo, sé que no sería capaz de adquirir una de las casas de aquí sin endeudarme hasta el día de mi muerte. Por eso vivimos en un *townhouse* pequeño, que son como casitas que comparten pared una con otra, dicho de otra forma, un dúplex. Para mí es la gloria después de años viviendo en apartamentos de mala muerte donde, si no me torturaban los vecinos de arriba, era la vecina de abajo la que se pasaba quejando. El compartir pared viene a recordarme mi pasado en la colonia Kennedy, donde todas las casitas, pegadas unas con otras, debían aguantarse las fiestas del vecino que duraban hasta las cuatro de la mañana. Allí no se puede llamar a la policía por el ruido, y si le decís algo al vecino, aquello se convierte en una guerra entre quién le sube más volumen al estéreo. Acá lo peor que hace mi vecino es tirar su bulto de hojas secas a mi lado del patio, wow, qué problemón.

Aún estoy intentando entender la obsesión de esta gente con los caballos —el cual es mi animal en el calendario chino, debo decir—. No fui una niña que creció en el campo, nunca me encaramé en los árboles, no me bañé en un río, no me caí de un barranco andando en bici —se me olvidó cómo andar en bici, por cierto— ni aprendí a nadar. No sé absolutamente nada de caballos, ni me atrevería a montar uno, pues siempre fui miedosa de todo y hoy me gustaría culpar de eso a la ciudad.

Crecí en cuatro casas diferentes de la colonia Kennedy. Mi infancia estuvo llena de mudanzas y apenas salía a jugar con los vecinitos de la cuadra cuando mis papás lo permitían. Nuestros juegos eran landa y tirarles piropos desde la ventana a los chavos guapos que pasaban, para

luego escondernos. Una vez jugamos a la botellita y me hice de mi primer novio, con el que duramos nueve días; por cierto, años después resultó ser homosexual. A veces nos reuníamos en la casa de algún vecino a ver tele, y cuando nuestros papás se enfiestaban y se distraían, nosotros nos poníamos a ver mujeres en traje de baño andando en bicicleta en el Canal 54, en su programación de adultos.

Siempre supe que todas estas cosas me hacían diferente a las demás personas: «¿Cómo es posible que no sepás andar en bici?», «¿NO PODÉS NADAR?», «Tenías que ser niña de ciudad». Siempre fue mi estigma. Nunca tuve familiares que tuvieran ranchos donde pudiera pasar las vacaciones de navidad; mis vacaciones eran casi siempre en la casa grande de mi abuela Alicia, donde lo más loco que hacíamos con los primos era quedarnos viendo tele hasta tarde. En vez de encaramarme en palos o bañarme en el río en mi infancia, yo me leí la biblioteca de mis papás y empecé a escribir poemas a los ocho años. Sé que en el hundimiento de un barco nada de esto me va a salvar, pero es que... si la muerte me llega ¿quién me creo yo para querer contradecirla?

Volviendo a Lexington, otra cosa que es insigne de esta ciudad, y más que todo del estado, es el famoso Bourbon, que al parecer es simplemente otro tipo de güisqui. Cuando lo probé me sentí elegante, pensando que había probado un tipo distinto de licor, pero cuando me revelaron que era nada más whiskey, el espejismo se rompió. Me sorprendía y me daba risa lo exigente que se me había vuelto el paladar en cuanto al alcohol, cuando bien recordaba ser la misma que se tomaba vasos de Pollo Loco con jugo de naranja

Sula, Tatascán con coca-cola, o caguamas de Salva Vida. Creo que a veces preferiría volver a probar esas bebidas maravillosas a degustar estos licores gringos, porque al menos detrás de aquellos estaban mis amigos —de la iglesia, irónicamente—, y detrás de estos está un mesero anónimo o una pareja que recién conocimos en mi nuevo trabajo, los que nos sonríen hipócritamente y de los que no sé nada —ah sí, sé que tienen una hija de diez años que también se llama Sarah, pero con h, y que ya lee las novelas de C. S. Lewis, y que está obsesionada con la tradición navideña de *Elf on a Shelf*.

La dificultad que he tenido para hacer amigos en esta ciudad no me sorprende. A pesar de que todas las personas parecen ser amables, la mayoría gusta de esconderse todo el tiempo detrás de sus horarios imposibles de trabajo. A diferencia de Tennessee, que es donde viví los últimos cinco años, la diversidad aquí es aún mayor, y ya al menos no soy la única con mi color de piel en el banco o en un restaurante. Sin embargo, la etiqueta de extranjera siempre está, las preguntas de «where are you from?», «where is home for you?» se repiten tanto.... cuando es posible que *home* para mí sea este país, ¿acaso ellos se han puesto a pensar en eso? Claro que no, ¿qué van a entender? Si son de los que tienen una «casa de la infancia» que pueden visitar cuando quieran, y donde el cuarto en el que crecieron sigue intacto con juguetes y peluches. Mis papás jamás tuvieron una casa. Yo nunca tuve un cuarto que pueda visitar para llorar recordando *the good times*. Lo que yo tengo es una familia en Honduras y una colección de amigos que dejé cuando tenía 24 años. Lo que yo tengo es un pasado de migraciones que me han

privado de sentar raíces y considerar un lugar específico como mi hogar. Pensaba que Tegucigalpa era mi hogar, pero ahora que vuelvo no la reconozco, no me encuentro y soy solo una visitante más. La cosa es que tampoco soy de acá, y me cuestiono si es que quizás no soy de ningún lugar.



Cuentos

Francia *Henríquez Benson*

Me llamo Francia Rocío Henríquez Zúniga. Nací el 12 de julio de 1985 en Santa Bárbara. Crecí en Tegucigalpa. Estudié la licenciatura en Hostelería y Turismo en la Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán, y las licenciaturas en Periodismo y Comunicación de Masas, y en Dirección de Cine y Arte, en The University of Utah. En el 2021, me gradué de la maestría en Inglés con énfasis en Redacción Creativa, en Weber State University. En el 2022, terminé el diplomado en Retórica y Educación, en la misma universidad. Actualmente estoy trabajando en un cortometraje que escribí y dirigí, sobre el trastorno de identidad disociativa. Trabajo en periodismo, fotografía, y soy bloguera de viajes. Algunas de mis publicaciones son el poemario *El alma está escribiendo*; poemas en la antología *Voces de la Andeh*; un fragmento del cuento «Entre el cielo y el infierno» en el libro conmemorativo de los 10 años del Centro Cultural de España de Tegucigalpa, y en la antología *Narradoras hondureñas*.

Resido en el estado de Utah con mi esposo y dos hijos. Pueden visitar mi blog: www.vagabondbrunette.blog

Toque de queda

Mi mami se limpió las manos en su delantal blanco con bordado en las orillas, hecho con sus manos. Asomó la cabeza hacia la sala desde la cocina y frunció el ceño.

—El presidente de la república declaró toque de queda desde hoy, 15 de marzo, por causa del virus covid-19 — reportó un periodista por canal 5.

Los ojos de mi madre, marchitos por una vida gastada moliendo para poder alimentarnos y pagar renta, miraron al televisor con preocupación. ¿Qué le pasa, mami?, le pregunté. No dijo nada, solamente me dio una sonrisa triste y se puso a revolver los frijoles fritos.

Una semana después, la mitad del barrio se había aglomerado afuera de una casa tan pequeña que apenas había espacio para dos camas, un mueble viejo, un televisor y una estufa de gas. Natalia yacía tirada con la cabeza afuera de la puerta y el cuerpo adentro de la casa. El barrio la vio nacer y crecer y hoy la miraba morir. El dolor de perder a alguien a quien se ha querido por quince años se sentía como brasas ardiendo en el vientre y se escuchaba en los gritos de las mujeres.

—¡Hijo de puta! ¡La mataste, hijo de puta! —gritó doña Rita, mientras se apretaba el pecho como queriendo suprimir el dolor con su mano temblorosa.

Don Jorge, el padrastro de Natalia, buscaba con la mirada una salida entre la muchedumbre. Apretaba los puños manchados de sangre y con mechadas del pelo de Natalia entre los dedos. La posición del cuerpo de Natalia narraba

la historia de su muerte. Había logrado abrir la puerta para escapar, pero su padrastro la jaló del pelo y ella cayó, reventándose la cabeza en la grada. Sus ojos abiertos mirando hacia al norte; tenían el mismo vacío de la mirada de mi madre en aquella noche. Su boca que había gritado por ayuda sangraba por el puñetazo de su padrastro.

Natalia se fue a donde se van las mujeres a las que matan. Doña Berta, la señora de la esquina, se fue dos semanas después de que su marido la moliera a golpes. Katia se les unió en el viaje, mes y medio después. La mara del barrio no solo tomó su cuerpo en turnos, sino que también su vida. Katia apareció en la cuneta, tres días después de haber desaparecido cuando fue a la pulpería a comprar semitas.

—Te vas, hija— me dijo mi mamá, mientras les daba vuelta a las tortillas. Así, de la nada. Sin preámbulo—. Tu tía Pancha va a pagar el coyote.

La miré sin poder ni respirar. El nudo en el estómago se arrastró hacia mi garganta. Ella disimuló su dolor haciendo huevos picados y revolviendo los frijoles otra vez. Como en modo automático. Como en un estado en el que, para sobrevivir, tenés que tirar a la estufa los sentimientos y no dejar que el olor a quemado te quiebre.

—Mami, pero yo no quiero irme. La voy a extrañar mucho. Además, ya casi me gradúo.

Fui a la cocina y la abracé por la espalda.

—No quiero dejarla, mami.

—Han matado 127 mujeres en los últimos cinco meses, y

vos no vas a ser la siguiente. No te voy a ir a sacar de una cuneta, ni te voy a reconocer por los dientes, y tampoco te voy a ir recoger a un solar baldío.

Sentí su cuerpo temblar con fragilidad y el pecho achicarse. Pero siguió haciendo tortillas y friendo los plátanos.

—Así que dejate de cosas y te vas.

Miré la comida y sentí el olorcito familiar llenarme el corazón que me apretaba. Tal vez ya nunca volvería a comer su comida. Ni sus plátanos con mantequilla, las tortillitas hechas a mano y el café con leche. Esa noche me dio plátanos extras. Esa noche supe que ni, aunque le suplicara de rodillas que me dejara quedarme, lo iba a hacer. Esa noche la escuché llorar por horas, hasta que el cansancio me venció y me dormí.

Mi mamita me dijo adiós en julio. Me dio dos burritas y un termo con agua. Me persignó con sus manitas arrugadas y callosas. Y yo le besé sus ojitos cargados de lágrimas. Te amo, me dijo, y me besó la frente.

—Cuidate hija, y ponete viva —me dijo, y me abrazó con la fuerza que le quedaba en su cuerpo quebrantado por el cansancio de una vida.

Hoy el gringo de la frontera no me entiende. Cuatro días caminando a rastras por el desierto con la panza vacía y la garganta seca, y haberme peleado la vida con la corriente del río Grande, me dejaron sin ganas de hablar. Sin ganas de sentir. Sin ganas de respirar. Pero él insiste y me mira como si tuviera lepra. ¿Qué quiere que le diga? ¿Que me

vine para que no me mataran por tener vagina y no bolas? El que tiene bolas no entiende que te matan solo por tener tetas y vulva. El gringo no entiende que te arriesgas a ser violada por los coyotes y otros inmigrantes para no aparecer quemada o mutilada en alguna fosa clandestina en tu país. Ellos no entienden lo que es correr con las patas heridas para no dejar que te agarren los Z en México y te vendan al mejor postor por ser mujer. No entienden el pánico que te paraliza, y que peleás para poder moverte y no quedarte en el desierto. El hijo de puta me mira y me dice que vengo a robarle trabajos. Quiero gritarle que me jodí por años estudiando derecho y que no quiero trabajar limpiando servicios, pero que en Honduras la violencia no escoge. Nos jode a todas por igual. A las de la maquila, a las barrenderas, a las cajeras del banco, a las estudiantes y a las putas. Porque en Honduras te sobran ganas de trabajar, pero no hay trabajo y hay que comer, así que muchas se venden por las noches. Y como sos puta, a nadie le importa que te maten y que te dejen tirada para los zopilotes.

El gringo me mira con repugnancia y yo me muerdo los labios para no decirle que coma mierda. Que yo no quiero estar aquí. Que quiero estar en la casa con mi mamá y comer sus plátanos con mantequilla. Después de cinco horas de preguntas donde no entendí nada y tampoco pude decir nada, me mandaron a una celda. La rabia por la humillación, el cansancio, el hambre y la desesperación hierven dentro de mí y quema como ácido. Me atormentan las ganas de llorar, maldecir y gritar las peores malas palabras que sé. Un señor sentado en la banca opuesta a la mía me dijo: No se me agüite, mija. Mire que si grita van a decir que es peligrosa y le va a ir mal. Ni derecho a sentir tenemos los inmigrantes.

Ni derecho a ser seres humanos.

Hoy, a la mitad de los inmigrantes en el centro de detención los subieron a un bus, y a la otra a un avión. Yo voy en el avión. Mi primera vez en un avión. Mi tía Pancha seguramente va a cocinar una cena típica para recibirme. No le he visto desde que tenía seis años. Apenas llegue voy a llamar a mi mami. Ya me imagino a mi viejita emocionada saltando feliz porque estoy en el otro lado. Satisfecha de haber podido sacarme de la tierra de los femicidios y potencialmente haberme salvado la vida. Un gringo delgado y alto y con barba larga se paró en medio de las dos filas, aplaudió fuerte para que nos calláramos y le pusiéramos atención. En un español masticado dijo:

—Bueno, los que están en este avión van de regreso a sus países. Los que van en el bus van a ser trasladados a los estados donde están sus familiares.

Y en el avión entró un tsunami de lágrimas, y sus olas nos empujaron a un lugar de enloquecida desesperación. La turbulencia hizo vomitar a unos y a otros golpear los asientos en frente de ellos. ¡Me van a matar los mareros apenas me vean llegar!, gritó un muchacho de 17 años. ¡Vendí todo lo que tenía para pagar el coyote!, gritó alguien más.

El gobierno quería quedar bien con la gente que está a favor de los inmigrantes, haciéndoles creer que estaba reunificando a las familias. A los que no tuvimos suerte nos mandan de regreso como paquetes extraviados.

Hoy voy camino a mi casa en la Peña de Abajo. En el aeropuerto llamé a mi mamá para decirle que me iba a ir en un taxi y que estuviera pendiente para pagarlo. Su silencio

gritaba la aflicción y el miedo de mi regreso. Al fondo se escuchaba a un periodista decir que durante el toque de queda por la pandemia 229 mujeres habían sido asesinadas. En la esquina, a menos de ocho minutos de la casa, los mareros cercaron al taxi, sacaron al taxista y le dispararon en la frente, y yo soy la muerta 278 del año 2020.

¿A dónde van las mujeres a las que matan?

Ambar Nicté

(San Pedro Sula, 1997). Estudiante de la carrera de Artes Visuales, con especialización en pintura, en la Escuela Superior de Arte de la Universidad San Carlos de Guatemala. Su formación en el mundo artístico empezó desde niña, incluyendo la música y la literatura. En 2014 ganó el Certamen Literario Nacional de Cuento Estudiantil auspiciado por la Sociedad Literaria de Honduras (Soliho) con su relato «Búscalo en el reflejo». Su obra gráfica ha sido expuesta en el Museo para la Identidad Nacional. Su obra literaria ha sido publicada en la revista mexicana *Ex Chapat*, diario *La Tribuna* y el medio digital *Contracorriente*. Ha sido, además, publicada en las antologías *Mujeres que narran*, *Parafernalia Ediciones*, e *Historias mínimas*, *Dentro Ediciones*.

Como ilustradora, ha colaborado con diversas campañas y ONG, incluyendo *Raising Voices*, con sede en Uganda, África. Además, ha ilustrado ediciones de revistas y otros medios. Actualmente reside en Guatemala.

La ruta de los fantasmas

Jani se levantó de la pesadilla como todas las noches; con hambre.

Buscó a tientas sus peluches entre la oscuridad, sintiendo el frío de la mañana contra su pecho desnudo. La ventana seguía abierta. Se cubrió el pecho con los peluches y esperó a que el sueño apareciera, y a que el hambre se fuera. Pero el hambre nunca se fue.

Al día siguiente, le preguntó a su nana si podía tener dos sándwiches más en el desayuno, mientras mordisqueaba una galleta.

«No, claro que no» fue lo que ella respondió, volviendo a su costura de flores rojas y amarillas. Jani se quedó con hambre.

Cuando llegó la noche, Jani esperó a que la pesadilla no volviera. Pero cuando cerró los ojos, regresó al camino de hojas secas, al desierto infinito, a las montañas allá a lo lejos y a la tierra gris bajo sus pies descalzos.

Y, por supuesto, los fantasmas también estaban allí. Seguían allí desde que los había dejado. Desde que había despertado llorando.

Sabía que eran fantasmas porque nadie puede tener la piel tan seca, y ser tan delgado y aun así estar vivo.

Sabía que eran fantasmas y sabía que habían muerto de hambre.

Lo sabía por como miraban las frutas que ella cargaba entre sus brazos. Miró a los fantasmas y extendió sus manos para darle sus frutas, aunque el hambre también se la estuviera comiendo a ella por dentro y por fuera y por todos lados, un hambre que le hacía zumbar los oídos y el cuerpo, un rugido que no salía de su estómago, sino de la tierra bajo sus pies.

El hambre venía de la tierra, eso estaba segura. Y al hambre irían a parar.

Despertaba. Y se llevaba las manos al pecho y a la garganta, que le dolía del frío de la noche, y del nudo de horror que le cerraba la tráquea.

En los días, iba de escondidas a la tienda a comprar leches y galletas con su dinero ahorrado. En la escuela, les pedía a sus compañeras un poco de su comida. En ocasiones pedía una doble ración de cena. De almuerzo. De desayuno. A veces merendaba, la mayoría de las veces. Se sentía llena, pero el hambre seguía allí. Miraba su panza de niña crecer día con día, pero no estaba satisfecha. Miraba sus bracitos regordetes y su cara redonda, se miraba en el espejo todos los días, y se miraba los pies y se decía que tal vez, si no estuviera atada a la tierra que tenía hambre, ella tampoco tendría tanta y podría ser delgada. Y bonita. Y normal.

Iba a dormir en la noche, aunque a veces no podía. Le pedía a su madre que se quedara con ella. Y Jani se dormía entre su olor a tráfico, a sudor, y a leches.

Cuando su madre se iba, sin embargo, volvía a la pesadilla. Los fantasmas la estaban esperando. Siempre tenía fruta

para alimentarles. Jani se preguntaba por qué sus brazos no le alcanzaban para traer más al mismo tiempo.

Porque la comida nunca le alcanzaba, nunca era suficiente, ellos eran tantos, y ella era tan pequeña, y ellos siempre tenían hambre.

La miraban con sus ojos negros, comidos por los gusanos, resecos de años de abandono, y miraban la fruta que tenía en sus manos con lástima. Eran tantos que llenaban todo el valle. Eran tantos que podían ser una nación completa. Llevaban ropa harapienta y antigua, hecha de paja y junco, zapatos de cuero. Pelo negro lacio. Ojos perdidos. Piel morena tostada por el sol que nunca se iba, siempre permanecía, quemándolos, una bóveda de cielo que nunca podría aliviarlos con ninguna gota de agua.

Cuando se daban cuenta de que ella ya no tenía comida, la miraban y gemían por más. Gemían y se le acercaban y la tocaban con sus dedos apergaminados, gritando que tenían hambre una y otra vez. Sus estómagos comiéndolos por dentro. Un estomago colectivo. Un grito de dolor de miles de años. Y Jani no podía hacer más que tirarse a la tierra y cubrirse la cabeza esperando que pudieran dejarla ir, que se pudieran ir de una vez, porque ella también tenía hambre. Lo siento, lo siento. No es suficiente. Nunca será suficiente.

Despertaba llorando e iba a buscar a su mamá, cada noche, todas las noches. Y ella, insomne, la acurrucaba en sus pechos, sin saber qué hacer, sin nada que hacer, apretando los dientes.

Un día su madre la llevó a un doctor. Le dieron un medicamento. Detuvieron la visita con los fantasmas. Ya no pudo llevarles frutas para aliviar su dolor. Pero el hambre se fue, y eso hizo que olvidara.

El medicamento le ayudaba a dormir en las noches. También le ayudaba a retener las lágrimas en sus ojos. Entendió que era una medicina que aliviaba sus ataduras con la tierra que tenía tanta hambre, y la propulsaba al espacio, que eran inconsciente. Que no sabía. Que no entendía. Y eso estaba bien.

Por mucho tiempo, olvidó.

Volvió un día a casa, sin embargo, mucho tiempo después. Una vida después. Viajó a un lugar lejano y miró mucho. Estudió mucho. Escribió mucho. Dejó su medicamento en su mesilla de noche y nunca volvió a tomarlo. Se dormía con la luz de la luna. Visitaba comunidades enfermas, entre los árboles, y escribía sus historias. Los miraba a los ojos y fruncía el ceño, porque no sabía que decirles. No sabía dónde los había visto antes. Dónde había sentido sus tactos ásperos antes. Dónde y cuándo: una vida antes.

Bajó las escaleras a un sótano de refugiados. Había muchas personas allí. Tantas personas delgadas, en los huesos, que la miraban con la cuenca de los ojos vacías.

Alguien le dijo: «Vienen del desierto del norte».

Alguien más le dijo: «Muchos más se quedaron allá arriba».

Y ella preguntó: «¿Por qué se van?»

Ellos la miraron con sus ojos negros y le hablaron con sus voces de fantasmas.

«Porque somos un país que se muere».

Ella asintió y lo anotó en su cuaderno. Dibujó sus rostros demacrados. Buscó entre sus libros referencias del tema. Buscó y les dio ropa. Les dieron comida. Pero eran tantos que no era suficiente. La fruta no le alcanzaba. Sus brazos eran muy pequeños y ellos eran tantos. Se extendía hasta donde alcanzaba la vista por el camino de hojas secas y trataban de alcanzarla con sus agrietadas manos. Ella se escondía y se disculpaba. Perdón. Lo siento. Nunca es suficiente.

Volvió a su casa y se fue a dormir.

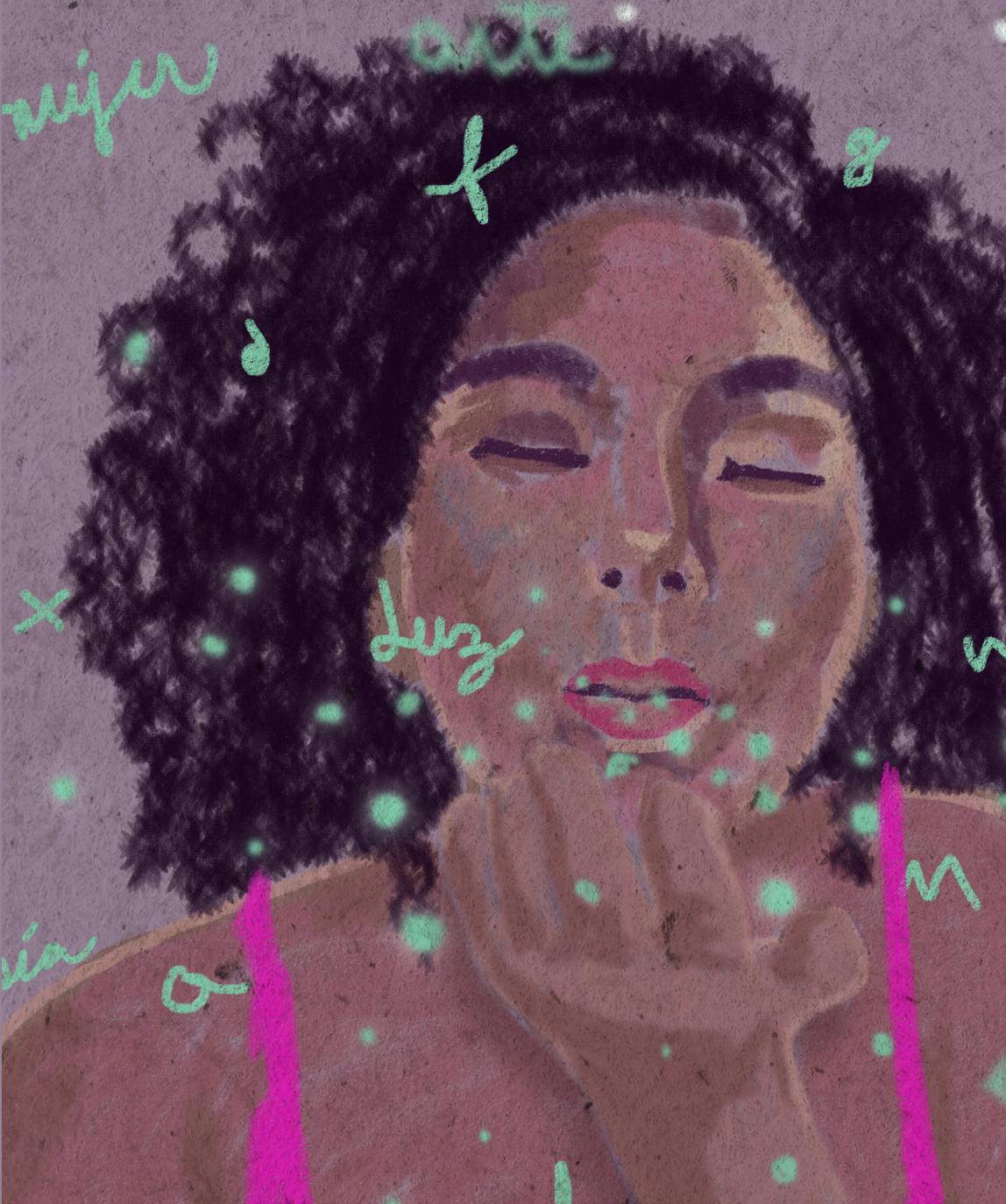
Volvió a su país lleno de muerte a dormir.

Un país que se moría desde que era pequeña.

Volvió a su cama, se arropó, trató de dormir.

Pero el hambre volvió.

Y con ella los fantasmas.



Poesia

Nidia Briceño

Nació en Tegucigalpa el 12 de octubre de 1983. Estudió en el centro gubernamental de educación media Nueva Suyapa, donde se graduó del bachillerato técnico en la Industria del Vestido. Es miembro de la colectiva Mariposas 88HN y de la Red de Mujeres Guerreras de Nueva Suyapa, colonia donde reside en Tegucigalpa.

Por tu mente

No sé qué pasó por tu mente
aquel día donde decidiste
dejarlo todo.

Querida hija,
querida madre,
querida hermana.

Cada día luchaste porque todo
fuera diferente, pero eso no
podría pasar aquí.

Emprendiste un viaje sin retorno.

Todo por llegar a un destino.

Todo por cumplir un sueño,

un sueño que no lograste,

para cambiar la vida de tu ser amado.

Si caminaras con ellos

Si caminaras con mis pies,
Si caminaras con ellos,
Sabrías que mi camino
No ha sido fácil.
Tener deseo de dejarlo todo,
Tener deseo de no mirar atrás
Si caminaras con ellos...
Si tu sintieras como quema
Con cada paso que doy.
De los deseos de dejarlo todo,
Por falta de oportunidades
O, por tanto, tanto miedo.

Lourdes Soto

Lourdes Gabriela Soto Martínez es trabajadora social, fotógrafa, poeta y narradora hondureña. Nació en Tegucigalpa en 1986. Ha participado en diferentes eventos culturales y encuentros de escritores en Honduras, El Salvador y Cuba. Ha expuesto sus fotografías en México, Italia y Honduras. Aunque aún no tiene libro publicado, algunos de sus poemas han aparecido en diferentes medios físicos y electrónicos, y ha sido traducida al inglés e italiano. Actualmente vive en la ciudad de Zaragoza, España.

Migrar

¡Hijo!

La vida es dura,
pero tu risa
me reconforta.

No puedo darte
esos viajes
que soñé.

Tampoco la casa que inventé.

Así que acepto
tu paseo por las calles
tu risa en el río
tus saltos en la escalera.

No veas
el agujero en mi pecho.

Tú
tienes una tierra,
un pasaporte
cual oro
brilla en cualquier lugar.

Yo
solo tengo este hilo de sangre
que me ata a tus besos
y a mis deseos de migrar.

Destierro

Mi alma se niega
a ser comida de gusanos.
El exilio ha sido largo,
los dioses escuchan
y me envían un regalo.
Ser de aquí
sin renunciar allá.
¡Bendito exilio!
Me transformo,
no conozco mi reflejo
pero sí mi voz.
Ahora sé
albergar primaveras
en las entrañas.
Hacerle el amor al sol.
Ahora sé
lo que significa ser sirena
y cantarle al destierro.

Teresa Leyva

Nació en Tegucigalpa en 1967. Es poeta y traductora literaria del inglés y el francés al español. Es socióloga por la Université de Montreal, Canadá, y máster en Didáctica de Lenguas y Culturas por la Universidad Jean Monet de Francia. Ha publicado los libros de literatura infantil *La lección de pesca de Nuwani* y *El canto de Berta* en la Editorial Room to Read, como también poesía para adultos y minificciones en diversas antologías y revistas literarias.

Milita en la Asociación Nacional de Escritoras de Honduras y en el Movimiento de Escritoras y Artistas por la Libertad. Actualmente escribe un libro de poesía para niños, de pronta publicación.

teresaleyvahn@gmail.com

<https://teresaleyva504.wixsite.com/website>

Salir adelante

In memoriam de la niña
Margaret Sofía, de cinco años,
fallecida en las aguas del río
Bravo, mientras ella y su madre
intentaban cruzar a nado para
migrar a los Estados Unidos, el
24 de agosto de 2022.

Dice mamá que camine,
que no nos podemos quedar atrás,
Camino lento porque tengo miedo...
No quiero ir adonde nadie me conoce,
adonde nadie sabe mi nombre.
En mi colonia, todos me dicen Sofía.
Sofía, lleve esto, Sofía, riegue las flores...
Aquí nadie me conoce.
Aquí no hay flores,
Mis zapatitos nuevos ya no son blancos.
Llevan polvo y lodo del camino y manchas
de los charcos.
Pronto tomaremos un bus.
Desde ayer esperamos en este refugio,
pero no viene, y ya no tenemos dinero,
No viene...
En el refugio, no huele a leña
no huele a café ni a frijoles

en el refugio no huele a nada.
Ayer me dieron una muñeca y una manzana.
Es blanca como los gringos,
y sus ojitos se abren y se cierran.
Yo cierro mis ojitos para parecermele,
pero no los cierro demasiado
para no quedarme dormida,
porque tengo que cuidar la mochila.
Mientras mamá va a la fila a traer comida
mi muñeca espera conmigo
y hablo con ella.
No cierro los ojos, no cierro los ojos...
Por el camino yo nunca hablo con nadie
ni nadie me habla
y mamá solo me dice
Caminá, caminá,
Caminá más luego,
o nos quedamos atrás.
Mamá no quiere que juegue con los otros
niños del refugio
porque pelean, lloran y a veces se golpean.
Mamá dice que son así porque caminan
solos.
Cuidá la mochila, comé
dormite...

Ahora ya no solo cuido la mochila.
También cuido a mi muñeca
y le digo
que vamos a salir adelante,
Porque por eso nos fuimos de casa,
en la que dejé escondidos mis tesoros
y mis cuadernos.
Y los olvidé al irme
para salir adelante,
delante de la fila en el refugio,
delante de la fila en el camino,
delante de los otros caminantes.
Mi muñeca no responde.
Solo cierra los ojitos y se ríe.
Yo también me río
y la abrazo,
la llevo abrazada para arriba y para abajo.
Ojalá que mi muñeca
hable inglés
para que les diga
cuando lleguemos,
si un día llegamos
que mi nombre es Margaret Sofía.

C *arolina Torres*

Tegucigalpa, Honduras, 10 de junio de 1989. Escritora. Su poesía ha sido incluida en *Honduras: Golpe y pluma, antología de poesía resistente escrita por mujeres (2009-2013)*; antología Las de Hoy, Ediciones Paradiso, Tegucigalpa; *Primera antología hispanoamericana* de Landays, Venecia, Italia; *Chamote: Una amalgama de voces poéticas de nuestra América*, Argentina. Compiladora de la antología *Agua y fuego a la vez*, Espejo Somos, México. Ha publicado en revistas, blogs y proyectos virtuales. Es parte de los colectivos artísticos Habitaciones Propias y Las de Hoy; también de la Asociación Nacional de Escritoras de Honduras (Andeh). Ha participado en festivales internacionales de poesía centroamericana, Feria del Libro de La Habana, Cuba, 2015, y V Encuentro de Jóvenes Escritores de Latinoamérica y el Caribe, La Habana, Cuba.

Lluvia

Llueven cuerpos,
no pueden detenerlos.

A veces la tormenta de plomo
se escucha desde mi cama,
y en ocasiones creo ser testigo
del último grito de las lluvias.

Acá no sobrevivo
solo existo sin decir palabras,
abrir la boca es escoger un costal
o en buenos tiempos una sábana.

Llueven cuerpos en el periódico
y en la cuadra de mi barrio,
desbordan cada municipio
ya no hay tierra a salvo,
almorzamos con ellos en las pantallas
incluso habitan memes,
si, son tan cotidianos que los volvemos risa
pero siguen siendo llanto,
ya no les bastan los 112,090 km²
como cementerio para guardarse a salvo,

su lluvia pasa por Centroamérica,
si, la región de cuerpos históricamente
mutilados.

Los cuerpos no descansan
están acá mientras escribo,
es una lluvia que no para;
tienen dolor y miedo
quiero gritarlo
pero las letras son susurros
Los cuerpos caen a mi boca y gritan:
¡Honduras es un territorio desagrado!

Crónicas de Comala

Santiagos, Santiagas y Santiagues
habitantes de una región
donde toda muerte violenta
es anunciada
El libro no presagiaba solo tu muerte
Santiago
sino que fue la premonición
de nuestro tercer mundo
O quizás del infierno
en que nos convirtieron

desde que llegó el primer barco
de mar distante
Pudimos prestar más atención
notar que Comala nos habitaría
a todas, todos y todes
Porque podemos huir de la muerte
en un camino incierto
pero ésta nos alcanza
Puede ser que Comala nos habite
y caminar no nos aleje de ella
Y es que cualquier día
sabremos de una llamada
que avisa que hay que dar la plata
porque si no
si no, pues, ya lo sabes...
Te conviertes en Santiago.

Laura Yanes

(Tegucigalpa, 19 de mayo de 1995.) Narradora oral, directora y profesora de teatro, egresada del programa profesional de la Escuela Nacional de Arte Dramático. Su trabajo como escritora fue publicado por la Red Lésbica Cattrachas en el libro póstumo *Presente estás*, de la obra poética de Amanda Castro; además, ha sido incluida en antologías poéticas publicadas en Honduras por el Centro Cultural de España en Tegucigalpa (CCET) y Ediciones Paradiso. Su trabajo como artista ha aparecido en dos revistas mexicanas y una revista japonesa.

Blog: <https://wordpress.com/view/escribomiradasdemonstruos.wordpress.com>

Zapatitos nuevos

Personajes:

Narradora

Alma

Juan

Mario

Mamá de Alma

Carlos

Azucena

ESCENA I

ESPACIO: EL CAFETAL

(En la tarde. Hay un cafetal y niños cortando café, con sus canastas.)

Narradora: Entre un lugar lleno de árboles, maravillosas puestas de sol y un olor intenso a café, sonríen muchos niños y niñas, entre ellos, Alma.

Actrices juegan ronda infantil.

A la víbora, víbora de la mar por aquí pueden pasar, los de adelante corren mucho y los de atrás se quedarán, tras, tras, tras...

Actriz 1: ¿Sandía o fresa?

Actriz 3: Fresa.

Actriz 2. Nooo, eso es trampa, solo porque es tu amiga (pelean).

Suena alarma de inicio de trabajar.

A la víbora, víbora de la mar, de la mar que vamos a trabajar (despacio).

A la víbora, víbora de la mar, de la mar que vamos a trabajar, que si no lo hacemos rápido, no nos pagarán. (Cantan rápido.)

A la víbora, víbora, de la mar, de la mar, que vamos a trabajar, que hoy no quiero tortilla con sal. (Ríen.)

A la víbora víbora, de la mar, de la mar, hoy tres sacos voy a cosechar.

(Mientras cantan la canción, se van caracterizando los personajes, niños que trabajan en un cafetal; se colocan gorras, camisas mangas largas, botas y llevan canastas para el café.)

Juan: ¿Cuánto hiciste ayer?

Mario: 100, ¿y vos?

Juan: Solo 75, ah, pero vos porque le caés bien a la señora y te paga más.

Mario: Ve, oílo, es porque me canso menos y no descanso.

Juan: Ay. es porque sos el consentido de la señora.

Mario: Callate, envidioso, yo me canso menos porque no estoy gordo como vos.

Juan: ¿Cómo? Gorda tu hermana.

Mario: Callate vos, desnutrido, pues.

Juan: Callate vos, chanchito de navidad.

Mario: Y vos que sabés de chanchos de navidad, si en tu familia no les alcanza ni para las tortillas.

Juan: ¡Aaaaah!

(Juan y Mario se pelean.)

Alma: ¿Qué pasa? Vaya, vaya, vaya. Cipotes, si siguen peleando le voy a ir a decir a la señora para que los corra a los dos, y ahí sí, ni chanchos, ni tortillas.

Alma: Pucha, ni yo que solo hice 55.

Juan: Es que a vos esa doña no te quiere, no como a otros.

Alma: Vaya, ¿y por qué no me va a querer?

Mario: Es que dicen...

Juan: Dicen...

Mario: Decile vos, desnutrido.

Juan: Que porque estás bonita y...

Alma: Vaya, callate.

Juan: Ve, callate vos.

Mario: Además, dicen que el patrón ahí te anda viendo.

Juan: Si, que ahí viene por el campo a inspirarse.

Mario: Dicen que se la van a robar.

Juan y Mario: Se la van a robar, se la van a robar...

(Burla.)

(Se pelean, se lanzan granos de café.)

Voz en off: Vaya, qué es ese escándalo, se va a esconder el sol y ustedes ahí solo jugando, a trabajar, que si no, no comen en sus casas. Estos cabrones, ya no los voy a dejar venir, malagradecidos estos. Para los Estados se van a tener que ir, como Cristian y Azucena. ¡A trabajar o se me van!

(Se ponen a cortar café y cantan una canción de trabajar.)

A la víbora, víbora de la mar, de la mar que vamos a trabajar, que si no lo hacemos rápido, pa' los Estados nos mandarán. *(Ríen.)*

Mario: Uno, dos, dos y un cuarto *(miden cuantos baldes hicieron).*

Juan: Nambe, poneme el otro poquito y mañana lo completo.

Mario: Nah, así me dijiste ayer, ya me acordé, te voy a quitar medio.

Juan: Pucha vo', arrastrado, solo por quedar bien con la doña.

Alma: Vaya, vaya, ya van otra vez. Pucha, Mario, ponele el otro poquito.

Mario: Va pues, pero solo porque está desnutrido.

Juan: ¿Cómo?

(Alma y Mario ríen.)

Mario: Uno, dos, tres.

Alma: Sí, hoy si lo completé.

Mario: Pero a vos sí te voy a quitar el poquito que debías de ayer.

Alma: Pucha.

Mario: Señó, venga cuente, ya casi terminamos. (*Hacen fila y les pagan.*)

(*Mientras recogen las cosas.*)

Mario: Igual y a veces pienso que mejor si nos debiéramos de ir.

Alma: Ve, de aquí no podemos. ¿Cómo vamos a comer?

Mario: Nambe, vo, a los Estados.

Juan: Va que sí, vámonos los dos y compramos bicicletas.

Mario: Unos pasteles.

Juan: Y carotes.

Juan y Mario: ¡Vámonos!

Alma: Ay, sí, ni hablen, como si fuera tan fácil, yo no me voy, yo quiero a mi mamá y mi hermanito, y no quiero dejar a mis gallinas.

Juan y Mario: Miedosa, cobarde,

Alma: Cuando les salgan los robachicos.

Juan: Nosotros sí nos vamos, ¿verdad, Mario? En los Estados se cortan fresas y es mas fácil, no salen estos callotes. ¡Los vamos!

Mario: Eeh, sí, ¿y por qué decís que hay robachicos?

Alma: Porque Azucena me contó, que una, je, casi se la

llevan *(lo asusta)*.

Mario: Ay, no, entonces así no.

Juan: Otro gallina. Pues me voy solo.

Mario: Pues andate, si sos valiente, andate vos solo. *(Se va.)*

Alma: Yo sí me voy.

Juan: ¿De verdad, Alma?

Alma: Sí, pero a mi casa, adiós. *(Ríe y se va.)*

Juan: Miedosos, cobardes.

Juan: A la víbora, víbora de la mar, de la mar, dólares quiero ganar, pa' comprarme una trocota y ayudar a mi mamá. *(Se va.)*

(Canción de trabajar. Transición.)

ESCENA II

ESPACIO: CASA DE ALMA

Narradora: Entre las peleas y el café, eran felices, y se esforzaban mucho para llevar pisto a sus casas. Al terminar ese día, Alma iba muy contenta para su casa, había ganado más.

Alma: Ya volví, mamá. Hoy hice los 80, viera que no me detuve ni por agua, pero hice más.

Carlos: *(llora)*.

Alma: ¿Qué le pasa, Carlos?

Carlos: Es que mi mamá me va a pegar

Alma: ¿Y ahora qué hizo?

Carlos: Es que estaba jugando pelota en el campo de la escuela.

Alma: ¡En ese tierral!

Carlos: Sí, y gané, fíjate.

Alma: ¿Y entonces, por qué llora?

Carlos: Es que se me rompieron los zapatos, y mamá me va a pegar.

Alma: No, cálmese, a ver si tienen arreglo *(los busca.)*

(Alma mira que están completamente rotos.)

Alma: No, pues sí, le van a pegar

(Carlos llora muy fuerte.)

Alma: ¡Ay, espérese! Mire, escondámosle la faja a mi mami.

Carlos: Me va a pegar con la chancleta.

Alma: Se pone doble pantalón y le duele menos.

(Carlos llora y entra la mamá.)

Mamá: ¿Qué pasó? Desde el camino se oyen las brametas, ya se volvieron a pelear. Ay, Alma Daniela, buscame las chancletas. ¿Qué le hiciste al niño?

Alma: No, yo nada. mamá.

Mamá: Entonces, ¿por qué llorás?

Carlos: Es que los zapatos...

Mamá: ¿Los zapatos qué?

Carlos: Se rompieron

Mamá: Ah sí, ellos solos. ¿Como los rompió?

(Carlos llora.)

Mamá: ¿Jugando pelota verdad? Alma, tráeme la faja

(Carlos llora más fuerte.)

Alma: No la encuentro, mamá

Mamá: ¿Cómo? Ahora tampoco está mi faja. Si voy yo y la encuentro, a los dos los voy a dar, a vos por encubridora, y a él por esos zapatos, ¡ay Dios, que estaban casi nuevos! Apurate, Alma, la faja...

Carlos: Si ya tenían dos años...

Mamá: ¿Cómo? No me andés respondiendo *(le va a pegar)*.

Alma: Aquí está, mamá, pero no le pegue.

Mamá: Vaya, y vos ahora me vas a decir cómo va a ir a la escuela. Descalzo no lo van a dejar entrar y dinero no hay.

Alma: Yo hoy traje 80, y mañana...

Mamá: Ay hija, con eso no ajusta, y hoy solo hice para completar el dinero de la leña y con estos problemas que da este niño, ahora ¿de dónde? Echá los 80 pesos, y anda traé unas semitas. Te comprás un bombón para vos. Ya Carlos, ya, no le voy a pegar, agradézcale a su hermana, ahí vemos cómo le hacemos, deje de llorar.

Alma: Sí, mamá, ahí vemos cómo le hacemos. *(Alma se va.)*

ESCENA III**ESPACIO: PULPERÍA**

(Aparece Juan jugando con una botella de plástico como si fuera una pelota; ve a Alma y corren para llegar primero.)

Alma: Doña Mari, deme tres semitas.

Juan: Doña Mari, deme una libra de espaguetis.

Alma: Yo vine primero, doña Mari.

Juan: Vayaaaa, doña Mari *(gritan a la vez)*.

Alma: Tres semitas *(Juan la empuja y Alma avanza para irse)*.

Juan: Una libra de espaguetis. No, mejor tráigame media, no me ajusta.

Alma: ¡Juan, vámonos!

Juan: Nambe, si en la pulpe de abajo está todo más caro.

Alma: No, ahí no, Juan, vámonos...

Juan: ¿A dónde, guirra?

Alma: A los Estados.

Juan: ¿De verdacitas? ¿No es broma? ¿Estás segura?

Alma: Sí, Carlos necesita unos zapatos nuevos.

Juan: Y no era que te daba miedo, que las culebras, que no sé qué...

Alma: Sí, sí, sí, pero Carlos necesita unos zapatos nuevos.

(Se van juntos.)

Voz en off: ¡Sí, niños, quién vino primero?

Alma y Juan: Yo, yo vine primero, yooo... (*regresan corriendo*).

ESCENA IV

ESPACIO: EL CAFETAL

Narradora: Pasaron algunas semanas, en las que Alma y Juan trabajaron muchísimas horas extra, vieron amaneceres y puestas de sol, se pelearon muchísimo también, mientras recolectaban mucho café,

(Se muestra a Alma y Juan en las horas de los almuerzos: el primer día traen en sus pailas arroz, plátano, frijoles, huevos; el segundo día traen solo frijoles y arroz; y el tercer día solo tortillas y sal.)

Voz en off: Ya está el pago.

Alma: Vaya, andá.

Juan: No, andá.

Alma: No, andá vos primero.

Juan: No, vos primero, te digo.

Alma: Que nooo (*le grita.*)

Juan: Ay, vamos juntos, pué.

(Reciben el dinero y lo cuentan.)

Juan: ¿Y entonces? ¿Ya?

Alma: Esperate, que estoy contando... Esto, más lo que tenemos en la casa.

Juan: ¿Sí ajusta?

Alma: Sí, sumá.

Juan: No sé, acordate que yo no terminé la escuela.

Alma: ¡Sí, si ajusta! Y le podemos dejar un poquito a tu mamá y a la mía.

Juan: Entonces vámonos...

ESCENA V

Narradora: Alma y Juan, que nunca habían salido de su pueblo, tomaron muchos buses y caminaron montón. Les saludaba el señor sol, y los acobijaba la luna. A veces Juan no podía dormir y contaba las estrellas, mientras Alma contaba cuánto les iban a dar de quetzales a pesos.

Juan: Doce, trece, catorce, quince...

Alma: Siete más catorce...

Juan: Alma, ¿qué viene después del 20?

Alma: Ay Juan, callate, ya perdí la cuenta...

Juan: Yo también.

Alma: Nueve, más siete por dos...

Juan: Una, dos, tres...

ESCENA VI

ESTACIÓN DE BUSES DESOLADA

(Juan y Alma están dormidos una sobre otro.)

Alma: Juan, Juan, despertate. (*Juan se despierta.*)

Juan: ¿Qué?

Alma: Mico, que seguro ya viene el siguiente bus, y nos va a dejar.

Juan: Sí, sí, ya voy.

Alma: Bueno (*se quedan dormidos*).

(*Sonido de bus les despierta; toman sus mochilas y hacen el intento de alcanzarlo.*)

Alma: Juan, por tu culpa, ya se fue el bus, ahora nos toca volver a caminar, y ya estoy cansada, me duelen las piernas y quiero ver a mi mamá (*reniega y tira sus cosas*).

Juan: Ve, vos también te dormiste (*le da sus cosas*).

Alma: Sí, pero por despertarte a vos (*le tira sus cosas a Juan*).

Juan: Bueno, perdón (*le ofrece la espalda para llevarla*).

(*Caminan por el desierto; se sugiere como que saltan abismos, escalan barrancos, toman agua.*)

Juan: Alma, quedate aquí.

Alma: ¿Dónde vas? No, no me dejés sola...

Juan: Tranquila, si voy a hacer pipí.

Alma: Hacé pipí aquí.

Juan: Bueno, pero date la vuelta. ¡Apurate! (*Alma ríe.*)

Alma: Juan, Juan, Juan...

Juan: ¿Qué? Ya voy, no he terminado... ¿Vos vas a hacer?

Alma: *(grita)* Juan, una culebra.

Juan: Ay, ayayita, esperate *(es una culebra pequeña, la lanza con el pie y corren)*.

Alma: ¡Ay! *(se cae)*.

Juan: Alma, levántate. ¿Estás bien?

Alma: Sí, solo me raspé la rodilla *(camina y cojea)*.

Narradora: Juan y Alma siguieron. El camino parece que no terminaba nunca, pero se encontraron con cosas maravillosas, gente buena que les daba comida, porque sin duda pasaban mucha hambre y sed, gente que les contaba sus historias.

Cruzaron fronteras, tuvieron que correr y esconderse, correr, saltar, correr y luchar por vivir.

ESCENA VII

ESPACIO: REFUGIO IMPROVISADO

Señora: Tengan cuidado, niños, que aquí en este refugio también hay gente mala.

Juan: ¿Gente mala? ¿Cómo así? *(en voz alta)*.

Alma: Shhh, Juan *(casi susurrando)*.

Señora: Así, que se roban los niños y no se vuelven a ver.

Juan y Alma: Los robachicos...

Señora: Sí, por eso tengan cuidado (les da unos panes).

Señor: Niña, ven.

Alma: ¿Mande, señor?

Señor: Y ustedes, ¿de dónde vienen?

Alma: Ah, nosotros venimos de allá de Corquín, Copán.
Es bien bonito, viera.

Señor: ¿Y andás tan bonita y solita?

Alma: Ehh...

Juan: Alma, ¿qué estás diciendo? Vení.

Alma: Permiso, señor.

Señor: Anda, niña.

Juan: Alma, ¿y vos qué andas contando?

Alma: Ay Juan, si ese señor se mira tranquilo, hasta parece policía.

Juan: Je, si esos son los peores más bien.

Mujer: ¡La migra, la migra! ¡Agáchense!

Alma: Tengo miedo, Juan, tengo miedo.

Juan: Sssh, sshh, cálmate ya va a pasar (*sonido de helicópteros*).

Juan: ¿Te acordás lo que les hacíamos a los helicópteros allá en Corquín?

(*Juan y Alma les sacan la lengua a los helicópteros.*)

Juan: Mirá, ya se fueron, caminemos.

Alma: Ajá, pero despacito.

ESCENA VIII

ESPACIO: EL TREN

Narradora: Hasta que llegaron a visitar a la bestia.

(Saca un tren de juguete y lo coloca sobre la mesa con la maleta.)

Juan: ¿Y ese tren a qué hora viene?

Alma: Dijeron que a las 2.

Juan: Puedo entonces dormir un ratito.

Alma: No, que de ahí te dormís y nos deja, mejor hay que practicar.

Juan: ¿Practicar el qué?

Alma: Los acentos, güey.

Juan: ¡Chale!

Alma: Ándale camina más rápido, que se va a pasar el tren.

Juan: Me vale madres *(primero sin acento)*.

Alma: Chido, güey.

(Practican palabras mexicanas.)

Juan: Pero con lo jucos que andamos, nadie nos va a creer

Alma: Sí va, parece que buscamos a Pitero.

Juan: ¿Qué pitero?

Alma: *(canta canción de Pitero)*.

Alma: Estoy cansada.

Juan: Mira, ahí está el tren.

Alma: Estoy muy cansada.

Juan: Pero vamos, que nos deja, no te achicopales, pues, del otro lado hay zapatos, muchos zapatos.

Alma: Bueno.

Juan: Chingón.

SONIDO DE TREN

SALTAN, CAMBIOS DE SONIDOS, Y LUCES,
AMANECERES, LLUVIAS Y SOL.

Narradora: Eran unos paisajes maravillosos, montañas gigantes, campos de flores, y frío, y a veces calor, y a veces mucho frío, pero juntos.

Saltar y correr, que por ahí dicen que viene la gente mala, correr, hasta llegar a un lugar seguro, y caminar.

ESCENA IX

ESPACIO: CAMINO AL RÍO.

Juan: Ey, ¿y sabés nadar?

Alma: Sí, je, yo, en el río, me lanzaba de la piedra más alta.

Juan: ¡Qué bueno!

Alma: Vos también, ¿verdad?

Juan: Sí, más o menos.

Alma: ¿Mas o menos?

Juan: No, no sé.

Alma: Pero si en el cafetal vivías diciendo que te gustaba el río, que nadabas, que eras un pez.

Juan: Ya, mentía, mentía, no sé.

Alma: ¿Y hasta ahora decís, aquí donde te enseñó?

Juan: Me va a llevar el río Bravo.

Alma: ¡Que no! Mirá, uno se pone una llanta, y si te agarrás bien, pues no pasa nada.

Juan: Y si no me agarro bien, ¿qué pasa?

Alma: Ay, que te vas a agarrar bien, y ya.

Juan: Y si no...

ESCENA X

LLEGADA AL RÍO

Alma: Bueno, ya estamos, y mirá qué montón de zapatos.

Juan: ¡Wow!, ve, digo, órale... Pero si hay de todos los tamaños, y algunos están buenos.

Alma: Sí, mirá estos chiquitos, estos le quedarían a Carlos.

Juan: Bueno, ya está, llevalos y regresemos.

Alma: ¿Qué decís, Juan?

Juan: Es que ese río y todo lo demás... Estoy cansado y tengo hambre.

Alma: Juan, pero si ya llegamos aquí.

Juan: Pero tengo miedo. Mirá, aquí están los zapatos. Era por eso que veníamos, ¿no?

Alma: Pero Juan...

Juan: Me regreso.

Alma: Pero dijiste que íbamos juntos. Vamos Juan, solo tomá fuerte la llanta, y dejá los zapatos a la orilla. Mirá, vamos por unos mejores, como los de los hijos de la

patrona, y no solo para Carlos, también para vos. Vamos, Juan.

Juan: Órale.

Narradora: Juan y Alma en el río, juntos; bueno con una llanta y juntos, caminando despacito, agachaditos, suavcito, Juan y Alma, en el río Bravo, Juan y Alma, en la oscuridad de la noche.

Alma: ¡Juan! ¡Juan!... ¡Juan!...

Ella grita, se ve cómo lo busca.

ESCENA XI

LOS ESTADOS

Narradora: Alma cruzo el río, saltó, corrió huyendo de perros gigantes, llegó a una gran ciudad, con edificios gigantes y parques maravillosos; pero ella solo lloró, lloró tanto que pudo haber creado un nuevo río, tan grande y triste como aquel río Bravo.

Alma tuvo que caminar de nuevo, pero esta vez sola, no entendía muy bien todo lo que la gente decía, pero sí sabía dónde ir.

Azucena: Alma, ¡estás aquí! ¡Estás aquí, Alma!

Alma: Sí, pero Juan no, se quedó en el río. Se quedó.

Narradora: Fueron a la casa donde una familia linda y cariñosa les esperaba. Alma era una chica muy inteligente y recordaba perfectamente el número del celular de su mamá.

Alma: Está sonando, está sonando. Mamá, ¡hola, mamá! Sí, estoy bien. ¿Tú estás bien? ¿Y han comido? De nada mamá, pero ¿por qué? ¿Carlos tiene zapatos nuevos? Pero ¿cómo? ¿Juan? ¿Juan llegó con los zapatitos nuevos, mamá? Mamá, ¿de verdad? ¡Juan regresó! ¡Juan está ahí!

FIN

Este libro se imprimió en la ciudad de Tegucigalpa en el mes de diciembre de 2023.

**YO, LA QUE CAMINA
MUJER, MIGRACIÓN Y
DESPLAZAMIENTO FORZADO EN
HONDURAS**

